



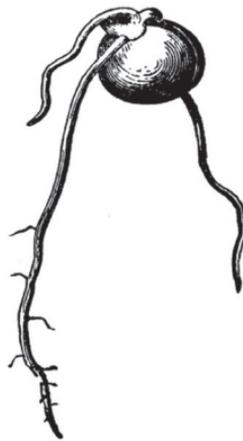
COLECCIÓN SEMILLA

BOLA DE SEBO

G U Y D E M A U P A S S A N T



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLIVAR





COLECCIÓN
SEMILLA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR

Maupassant, Guy de, 1850 - 1893

Bola de sebo / Guy de Maupassant; traductor Néstor Sánchez; coordinador editorial Guillermo Serrano López; editora Katherine Zamora Caro; diseñadora Geraldín Acevedo. - - Cartagena de Indias: Ediciones Unitecnológica, 2014

86 páginas.-- (Colección Semilla ; no. 1)

ISBN: 978-958-8862-01-9 (papel) ISBN: 978-958-8862-64-4 (digital)

1. Literatura francesa 2. Cuentos franceses 3. Francia – vida social y costumbres -- cuentos. I. Maupassant, Guy De II. Sánchez, Néstor III. Serrano López, Guillermo IV. Zamora Caro, Katherine V. Acevedo, Geraldín VI. Serie. I. Título.

843.8

M452

CDD23

CAMPUS DE TERNERA

Parque Industrial y Tecnológico Carlos Vélez Pombo

PBX (5) 6535331 FAX (5) 6619240 A.A 1372

Cartagena de Indias D.T y C. (Colombia)

CAMPUS DE MANGA

Calle del Bouquet, Cra. 21 n° 25-92

PBX (5) 6606041 FAX (5) 6604317

Cartagena de Indias D.T y C. (Colombia)

COLECCIÓN SEMILLA

Primera edición: julio de 2014

©Ediciones Unitecnológica, 2014

DISEÑO

Portada

Geraldín Acevedo

Diseño y diagramación

Geraldín Acevedo

ISBN: 978-958-8862-01-9 (papel) ISBN: 978-958-8862-64-4 (digital)

TÍTULO DEL ORIGINAL Boule de suif, por Guy de Maupassant, publicado en 1880 en Les soirées de Médan

Edición en español ©1972 Biblioteca General Salvat, Bola de sebo y otros relatos. no 62.

Traducción de Néstor Sanchez

Uso de esta traducción con autorización de Editorial Salvat SL.



Universidad
Tecnológica
de Bolívar

CARTAGENA DE INDIAS

www.utb.edu.co

©Todos los derechos reservados.

La reproducción parcial o total de esta obra por distintos medios queda prohibida salvo autorización de los editores de la presente versión.

Cualquier autorización debe ser previamente autorizada.

COMITÉ EDITORIAL

RECTOR

Jaime Bernal Villegas

VICERRECTOR ACADÉMICO

William Arellano

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA

María del Rosario Gutierrez de Piñeres

DECANO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

Guillermo Serrano

DECANO DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRATIVAS

Daniel Toro

DECANO DE INGENIERÍAS

Jairo Useche

DECANO DE CIENCIAS BÁSICAS

Jorge Luis Muñiz

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Katherine Zamora

DIRECTORA DE BIBLIOTECAS

Dora Lilia Sepúlveda

BOLa DE seBO

GUY DE MAUPASSANT

G U Y D E M A U P A S S A N T
(1850 - 1893)

TOURVILLE SUR-ARQUES · PARÍS



Es uno de los escritores franceses *más reconocidos* en la historia de la literatura universal,

principalmente por su maestría en los relatos cortos. A pesar de que publicó más de 300 cuentos, seis novelas y tres libros de viajes, *Bola de Sebo* (1880) es considerada su obra cumbre.

Su personalidad literaria se destacó por la intensidad de sus argumentos, su aguda capacidad de observación, el realismo de sus personajes y la habilidad para arrastrar al lector hacia el interior de sus relatos.

Su vida fluctuó entre la dicha y la desgracia. Una infancia feliz al lado de una madre afectuosa, muy celosa de alentar el talento literario de su hijo. En su juventud debió padecer como soldado la miseria de la guerra entre Francia y Alemania; de allí que en *Bola de sebo* se encarna tan vívidamente ese ambiente devastado. Al terminar la guerra, Maupassant se trasladó a París, donde contó con medios suficientes para disfrutar del ambiente bohemio de la ciudad. Conoce allí a *Gustave Flaubert* (1821-1880), el escritor más respetado en la Francia de su tiempo, quien se convierte en su maestro y protector y lo introduce en el ambiente de las más notables figuras de la intelectualidad francesa de su tiempo. La gloria literaria le llegó al publicar *Bola de sebo*, en 1880, que constituyó un éxito sin precedentes y catapultó al escritor a la fama. Adquirió riqueza y notoriedad y disfrutó algunos años de su fortuna, pero con la angustia de tener que lidiar con el terror que le provocaba la posibilidad de hundirse en la locura que ya había llevado a la muerte a su único hermano, y a su madre, que había intentado suicidarse en un ataque nervioso.

Al llegar a sus 40 años, **Guy de Maupassant** empezó también a sufrir de ataques de locura y murió internado en un sanatorio mental, en 1893, antes de cumplir 43 años.



Durante varios días consecutivos, sobrevivientes del ejército derrotado, hechos jirones, atravesaron la ciudad. Más que integrantes de una tropa, parecían turbas desbandadas. Llevaban barbas crecidas y sucias, uniformes andrajosos, y avanzaban con paso cansino, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían agobiados, apaleados, incapaces de una sola idea o de cualquier resolución, moviéndose sólo por la costumbre y cayendo de fatiga en cuanto se detenían. La mayoría eran movilizados, gente pacífica, rentistas apacibles, agobiados por el peso del fusil; jóvenes guardias propensos al terror y fáciles de entusiasmar, dispuestos tanto al ataque como a la huida; también, mezclados con ellos, algunos veteranos, restos de una división aplastada en un combate decisivo; artilleros con uniforme oscuro alineados junto a reclutas de distintas procedencias; y, de vez en cuando, el casco brillante de un dragón de paso lento que seguía con dificultad la marcha más rápida de los infantes.





Compañías de francotiradores con denominaciones heroicas: «Los vengadores de la derrota», «Los ciudadanos de la tumba», «Los compañeros de la muerte», pasando a su debido tiempo, con aspecto de bandidos.

Sus jefes, viejos comerciantes de telas o de granos, ex comerciantes de sebo o de jabón, guerreros circunstanciales, nombrados oficiales por su dinero o por el largo de sus bigotes, cubiertos de armas, de abrigo y de galones, hablaban con voz retumbante, discutían planes de campaña y pretendían sostener por sí solos a la Francia agonizante sobre sus hombros de fanfarrones; pero en ciertas ocasiones temían a sus propios soldados, gente fuera de la ley, valientes hasta el extremo, forajidos y libertinos.

12

Se decía que los prusianos iban a entrar en Ruán.

La guardia nacional, que desde dos meses atrás practicaba reconocimientos muy cautelosos en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas y disponiéndose para el combate cuando un conejito se agitaba por debajo de los matorrales, se había replegado en sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todos sus pertrechos mortíferos, que aterrorizaron hasta poco antes los límites de las carreteras nacionales en tres leguas a la redonda, desaparecieron repentinamente.

Los últimos soldados franceses terminaban de atravesar el Sena para acceder a Pont–Audemer por Saint–Sever y Bourg–Achard; y, en las últimas filas, el general, desesperado, incapaz de intentar nada con los restos dispersos y él mismo extraviado en medio del gran desastre de un pueblo acostumbrado a triunfar y ahora vencido a pesar de su coraje legendario, marchaba a pie entre dos oficiales asistentes.

Después una calma profunda, una espera aterrorizada y silenciosa se adueñó de la ciudad. Muchos burgueses acaudalados, enriquecidos por el comercio, esperaban ansiosamente a los invasores temerosos de que sus asadores y sus grandes cuchillos de cocina se considerasen armas de combate.

La vida parecía detenida; las tiendas permanecían cerradas, las calles enmudecidas. De vez en cuando, algún habitante, intimidado por ese silencio, se deslizaba rápidamente a lo largo de las paredes.

La angustia de la espera hacía necesaria la irrupción del enemigo.

En la tarde del día que siguió a la partida de las tropas francesas, algunos lanceros de caballería, surgidos de quién sabe dónde, atravesaron al galope la ciudad. Poco más tarde, una masa negra descendió la cuesta de Sainte-Catherine, mientras que otras dos oleadas de invasores aparecían por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos, al unísono, se reunieron en la plaza del Ayuntamiento; y por todas las calles próximas llegaba el ejército alemán desplegando sus batallones, que hacían resonar los pavimentos con una marcha firme y acompasada.

Las voces de mando, en un tono desconocido y gutural, trepaban por las casas, que parecían muertas y abandonadas, mientras que, detrás de los postigos entornados, ojos inquietos espían a esos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de fortunas y de vidas, en virtud del «derecho de guerra». Los habitantes, en las penumbras de sus cuartos, experimentaban la desesperación que acarrearán los cataclismos, los grandes





desórdenes asoladores de la tierra, contra los cuales toda sabiduría y toda fuerza se vuelven impotentes. Pero la misma sensación reaparece cada vez que se altera el orden establecido de las cosas, cuando la seguridad ya no existe, cuando todo aquello protegido por las leyes de los hombres o de la naturaleza aparece librado al capricho de una brutalidad inconsciente y feroz.

El terremoto que aplasta bajo los escombros a un pueblo entero; el río que al desbordarse arrastra a los campesinos ahogados junto con los cadáveres de los bueyes y las vigas arrancadas de los techos; o el ejército victorioso que extermina a los que se defienden, llevándose a los otros como prisioneros, saqueando en nombre del sable y agradeciendo a un dios entre el estrépito de los cañonazos, representan otras de las tantas horribles calamidades capaces de desconcertar toda creencia en la justicia eterna, toda la confianza que nos inculcaron en cuanto a la protección del cielo y la cordura humana.

Pequeños destacamentos golpeaban a cada puerta, para desaparecer en el interior de las casas. Después del triunfo, se llevaba a cabo la ocupación. El deber de los vencidos consistía en mostrarse cordiales con los vencedores.

Al cabo de algún tiempo, una vez desaparecido el terror del principio, empezó a establecerse cierta calma distinta. En muchas familias, el oficial prusiano compartía la mesa. A veces resultaba bien educado y, por cortesía, se compadecía de Francia, aseguraba su repugnancia por haber tomado parte en esa guerra. Se le agradecían los buenos sentimientos; incluso era posible que, en algún momento, se tuviese necesidad de su protección. Y cuidándolo tal

vez sería posible librarse de tener que alimentar a algunos hombres más. ¿Y para qué herir a alguien del que se dependía por entero? Obrar de esta forma correspondería menos al valor que a la temeridad. Y la temeridad no es un defecto de los burgueses de Ruán, como en los tiempos de las defensas heroicas que hicieran ilustre a su ciudad. Se decía, finalmente —apoyándose en el argumento supremo de la urbanidad francesa—, que no podía juzgarse mal la actitud de comportarse con cortesía dentro de la casa, mientras no se demostrara excesiva familiaridad, en público, con el soldado extranjero. Afuera se hacía como si no se lo conociese, pero dentro de la casa se charlaba de muy buena gana con él, y el alemán terminaba permaneciendo cada vez más tiempo, con el correr de las noches, al calor del hogar compartido.

La misma ciudad recobraba poco a poco su aspecto acostumbrado. Los franceses salían con poca frecuencia, aunque los soldados prusianos ya hormigueaban por las calles. En resumidas cuentas, los oficiales de húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus grandes instrumentos mortíferos, no demostraban, frente a los ciudadanos humildes, mayor desprecio que el de los oficiales de cazadores franceses que un año antes bebían en los mismos cafés.

Sin embargo, había algo en el aire, algo sutil y desconocido, una atmósfera extraña intolerable, como una especie de olor difundido: el olor de la invasión. Saturaba las viviendas y los lugares públicos, alteraba el sabor de los alimentos, daba la impresión de encontrarse uno de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes





pagaban sin excepción; eran ricos, por otra parte. Pero cuanto más se enriquece un negociante normando, más sufre entre la posibilidad de sacrificar una pequeña parte de su fortuna, de que pase a manos de otro.

No obstante, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacía Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros o los pescadores con frecuencia rescataban del agua algún cadáver alemán, hinchado dentro de su uniforme, muerto de una puñalada o de un golpe, con la cabeza aplastada por una piedra o arrojado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba estas venganzas oscuras, salvajes y legítimas, heroísmos desconocidos, ataques mudos, mucho más peligrosos que las batallas campales y carentes del estruendo de la gloria.

Porque el odio al extranjero arma siempre a algunos intrépidos dispuestos a morir por una idea.

Pero como los invasores, a pesar de haber sometido a la ciudad a su inflexible disciplina, no realizaron ninguno de los horrores que las habladurías les habían adjudicado como cometidos a lo largo de su marcha triunfal, se recuperó la presencia de ánimo entre los vencidos, y la necesidad de hacer negocios excitó otra vez el corazón de los comerciantes de la zona. Algunos tenían comprometidos grandes intereses en El Havre, todavía ocupado por el ejército francés, y se animaron a intentar la llegada a ese puerto yendo por tierra hasta Dieppe, donde embarcarían.

Basados en la influencia de oficiales alemanes con los que ya habían establecido relaciones, obtuvieron un salvoconducto del general en jefe.

Así pues, se dispuso una gran diligencia tirada por cuatro caballos para ese viaje y, una vez comprometidas diez personas, se resolvió partir un martes por la mañana, muy temprano, a fin de evitar posibles aglomeraciones.

Desde algunos días antes, ya las heladas habían endurecido la tierra, y el lunes, a eso de las tres de la tarde, grandes nubes negras que venían del norte produjeron una nevada que se prolongó sin interrupción durante el resto de la tarde y toda la noche.

A las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio del Hotel de Normandía, donde deberían ocupar la diligencia.

Llegaban casi dormidos, temblando de frío bajo sus mantas de viaje. Apenas podían distinguirse en la oscuridad; y la acumulación de pesadas indumentarias de invierno hacía que se pareciesen a curas obesos con largas sotanas. Dos de los viajeros pudieron reconocerse, un tercero los abordó, y hablaron: «Llevo conmigo a mi mujer», dijo uno. «Yo también.» «Y yo.» El primero agregó: «No pensamos volver a Ruán, y si los prusianos se aproximan a El Havre, entonces nos embarcaremos para Inglaterra.» En la identidad de los proyectos de cada uno quedaba en evidencia su modo de ser semejante.

Sin embargo, el coche no estaba todavía enganchado. Un pequeño farol, trasladado por un mozo de cuadra, irrumpía de vez en cuando por una puerta oscura para desaparecer de inmediato por otra. Los cascos de los caballos hacían retumbar la tierra, amortiguados por la paja de sus establos, y con frecuencia se escuchaba una voz de hombre que les hablaba, insultándolos.





Un suave rumor de cascabeles anunció que se disponían los arneses; y este murmullo se transformó muy pronto en una agitación nítida y continua, acompasada por el movimiento del animal, desapareciendo por momentos y reiniciándose después con una brusca sacudida acompañada por el ruido seco de una herradura contra el suelo.

Repentinamente, se cerró la puerta. Desapareció toda clase de ruido. Los burgueses, helados, permanecían en silencio, inmóviles y rígidos.

Una ininterrumpida cortina de copos blancos espejeaba sin cesar, descendiendo sobre la tierra; borraba las formas, cubría las cosas con una espuma de hielo; y, en el gran silencio de la ciudad en calma y como sepultada, sólo podía escucharse ese roce vago, innombrable y flotante de la caída de la nieve; más que ruido, una especie de sensación, cierto entrecruzamiento de átomos leves que parecen colmar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció, con su linterna, arrastrando por el extremo de una cuerda a un caballo triste que lo seguía de mala gana. Lo colocó contra la lanza, enganchó las correas y anduvo durante mucho tiempo alrededor para asegurar los arneses, valiéndose sólo de una mano, dado que en la otra conservaba el farol. Cuando se dirigía a buscar al segundo animal, reparó en todos esos viajeros inmóviles, ya blancos por la nieve, y les dijo:

«¿Por qué no suben al coche? Por lo menos, estarán a resguardo.» Ni siquiera habían pensado en esa posibilidad, y por lo tanto se precipitaron. Los tres hombres instalaron a sus respectivas mujeres en la parte de atrás y de inmediato subieron; poco más tarde,

otras formas indecisas y borrosas ocuparon a su vez los sitios que restaban, sin cambiarse una sola palabra.

El piso estaba cubierto de paja, en la que se hundían los pies. Las damas de la parte de atrás, que habían llevado pequeños braseros de cobre alimentados con carbón químico, los encendieron, mientras enumeraban a media voz sus ventajas, repitiendo cosas sabidas desde largo tiempo atrás.

Una vez que estuvieron enganchados seis caballos a la diligencia (en vez de cuatro, a causa de las dificultades del mal tiempo), una voz desde fuera preguntó: «¿Subieron ya todos?» Y otra voz desde dentro respondió: «Sí.» Partieron.

El coche avanzaba lentamente, con mucha lentitud, a paso de hombre. Las ruedas se hundían en la nieve; toda la carrocería crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resoplaban en el humo de sus alientos; y el látigo gigantesco del cochero restallaba sin descanso, revoloteando en todas direcciones, anudándose y desenvolviéndose como una serpiente delgadísima, azotando con brusquedad una grupa, que se distendía entonces en un esfuerzo más violento.

La claridad del día, imperceptiblemente, se afianzaba. Aquellos capullos suaves a los que uno de los viajeros, natural de Ruán, había comparado a una lluvia de algodón, ya no caían. Un resplandor sucio, filtrado entre los grandes nubarrones oscuros y densos, hacía más deslumbrante la blancura del campo, donde de vez en cuando surgía una hilera de grandes árboles cubiertos de escarcha o, en su defecto, una cabaña con su capuchón de nieve.

Dentro del coche, los viajeros se intercambiaban miradas





curiosas en la triste claridad de esa aurora.

Hacia el fondo de todo, en los mejores sitios, dormitaban frente a frente el señor y la señora Loiseau, mayoristas de vinos de la calle Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un patrón que se había arruinado, Loiseau le compró el establecimiento y terminó haciendo fortuna. Vendía a muy buen precio un pésimo vino a los taberneros rurales, y pasaba entre sus conocidos y amigos por ser un taimado falto de escrúpulos, un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Su fama de bribón era tan sólida que una noche, en la prefectura, el señor Tournel (autor de bromas y canciones, espíritu fino y mordaz, especie de gloria local) llegó a proponer a las damas más soñolientas que jugaran al *Loiseau vole*¹ la misma expresión *voló* por los salones del prefecto y, después, extendiéndose por la ciudad, hizo sacudir de risa, durante un mes, a todas las mandíbulas de la provincia.

Además, Loiseau era célebre por sus bromas de toda índole, por sus chistes buenos y malos; y nadie podía hablar de él sin agregar de inmediato: «Ese Loiseau no tiene precio.»

De escasa estatura, se distinguía por un vientre en forma de globo coronado por un rostro enrojecido entre dos patillas canosas.

Alta, fuerte, decidida, de voz potente y rapidez en sus decisiones, su mujer representaba el orden y las matemáticas del negocio, al que por otra parte él animaba por medio de una actividad festiva.

Junto a ellos, más digno, perteneciente a una casta superior, el señor Carré-Lamadon, hombre considerable, dedicado al algodón,

¹ Loiseau volé. Juego de palabras: Loiseau es el apellido del personaje y, a la vez, su pronunciación da idea de «el pájaro»; volé (voler) significa tanto «vuela» como «roba».

propietario de tres fábricas de hilados, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Durante el Imperio, se había mantenido como jefe de la oposición benevolente con el único propósito de valorizar su adhesión a la causa que combatía con armas negras, de acuerdo a su propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia destinados en Ruán.

Sentada frente a su esposo, graciosa y linda, acurrucada en sus abrigo de pieles, observaba con aspecto apesadumbrado el lamentable interior del coche.

Inmediatamente después se encontraban el conde y la condesa Hubert de Bréville, descendientes de uno de los más antiguos y nobles linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata muy apuesto, hacía todo lo posible por acentuar, valiéndose de los artificios de su indumentaria, su parecido natural con el rey Enrique IV, quien, según una leyenda gloriosa para la familia, había favorecido a una dama de Bréville, cuyo marido, a causa de ello, se había transformado en conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert representaba al partido orleanista en el departamento. La historia de su matrimonio con la hija de un ínfimo armador de Nantes, seguía manteniendo su carácter de misterio. Pero como la condesa era muy altiva, no sólo recibía en su casa a grandes personalidades, sino que incluso se afirmaba que había mantenido relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe; por lo tanto, toda la nobleza la festejaba, y su salón mantenía el mayor prestigio de la zona, como el único donde se conservaban las viejas galanterías,





y cuyo acceso seguía resultando casi imposible.

La fortuna de los Bréville, toda en bienes raíces, según la opinión general alcanzaba los quinientos mil francos de renta.

Estas seis personas, que ocupaban el fondo del coche, pertenecían a la sociedad adinerada, serena y fuerte, eran honestas y autorizadas, de las que cuentan con religión y principios.

Por un extraño azar, todas las mujeres se encontraban en el mismo asiento; y, para completar, la condesa tenía como vecinas a dos monjas que pasaban las cuentas de largos rosarios, rezando padrenuestros y avemarías. Una era vieja, con rostro carcomido por la viruela, como si hubiese recibido una descarga de metralla a boca de jarro. La otra, muy escuálida, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza linda y enfermiza, consumida por esa fe que hace a los mártires y a los iluminados.

Frente a las dos religiosas, un hombre y una mujer atraían las miradas de todos.

El hombre, muy conocido, era el demócrata Cornudet, el terror de la gente respetable. Desde hacía veinte años empapaba su barba pelirroja en todos los vasos de cerveza de los cafés democráticos. Con sus hermanos y amigos, había despilfarrado una muy considerable fortuna heredada de su padre, viejo confitero, y ahora esperaba con impaciencia el triunfo de la República para finalmente obtener el sitio merecido por tantos desvelos revolucionarios. El cuatro de septiembre, tal vez a causa de una broma, se creyó nombrado prefecto; pero, cuando pretendió entrar en funciones, los ordenanzas de la prefectura, únicos que se mantenían en sus sitios, se negaron a reconocerlo, hecho que provocó



su retiro definitivo. Por lo demás, buen muchacho, inofensivo y servicial, se había ocupado de organizar la defensa con un ardor incomparable. Había ordenado que se cavaran zanjas en la planicie, que se talaran los árboles de los bosques vecinos, sembrando de trampas todos los caminos, y, ante la proximidad del enemigo, satisfecho de los preparativos, se replegó en la ciudad. Sin embargo, después se dio cuenta de que podía ser más útil en El Havre, donde iban a ser precisos nuevos atrincheramientos.

La mujer, perteneciente a la categoría de las llamadas galantes, era célebre por su gordura precoz, que le había valido el sobrenombre de «Bola de Sebo». Pequeña, redonda por todos los rincones, rechoncha, con dedos hinchados, estrangulados en las falanges, como sartas de salchichas, con una piel brillante y tensa, un pecho enorme que sobresalía de su vestido, no dejaba sin embargo de ser tentadora y solicitada debido a que irradiaba un frescor grato a los ojos. Su rostro era una manzana roja, una especie de capullo de amapola en el momento de reventar; y más adentro se abrían, hacia lo alto, dos ojos negros magníficos, sombreados por grandes pestañas tupidas; abajo, una boca encantadora, pequeña, húmeda y como hecha para besar, con unos dientes brillantes y casi microscópicos.

Estaba dotada también, según se decía, de ciertas cualidades inapreciables.

En cuanto fue reconocida, corrieron murmullos entre las mujeres, y expresiones como «prostituta» y «vergüenza pública» fueron pronunciadas en un tono tan alto, que la hicieron levantar la cabeza. Entonces ella paseó por sus vecinos una mirada tan





provocadora y arrogante, que de inmediato reinó un enorme silencio, y todo el mundo bajó los ojos, con la única excepción de Loiseau, que la miraba con expresión excitada.

Pero poco después las tres damas renovaron la conversación como si la presencia de la muchacha las hubiese vuelto súbitamente amigas, casi íntimas. Se sentían en la obligación de demostrar su dignidad de esposas frente a esta vendida desvergonzada; porque el amor legal se llena de orgullo en presencia de su compañero, el amor libre.

24 

También los tres hombres, convocados por un instinto conservador ante la presencia de Cornudet, hablaban de dinero con cierto tono desdeñoso hacia los pobres. El conde Hubert se refería a los gastos que le habían acarreado los prusianos, a las pérdidas que resultarían del ganado robado y de las cosechas perdidas, con una seguridad de gran señor diez veces millonario y a quien esos estragos no lograban alterar. El señor Carré-Lamadon, muy experimentado en la industria algodonera, había sido precavido al enviar seiscientos mil francos a Inglaterra, un alivio que podía serle útil en cualquier ocasión. En cuanto a Loiseau, se había ingeniado para vender a la Intendencia francesa todos los vinos comunes que le quedaban en la bodega, de manera que el Estado le debía una suma formidable que, por otra parte, esperaba recibir en El Havre.

Y los tres se miraban con complicidad, amistosamente. Más allá de sus condiciones, diferentes, se sentían hermanados por el dinero, por la gran francmasonería de los poseedores, de los que hacen sonar el oro al introducir la mano en el bolsillo de su pantalón.

El coche andaba con tanta lentitud que, a las diez de la mañana, todavía no habían completado cuatro leguas. Los hombres habían descendido en tres ocasiones para estirar las piernas. Empezaban a inquietarse porque debían almorzar en Totes y ya resultaba imposible llegar allí antes del anochecer. Cada uno procuraba descubrir una posada a lo largo del camino cuando la diligencia, de repente, se hundió en un amontonamiento de nieve y fueron necesarias dos horas para sacarla.

El hambre crecía, perturbando las ideas; pero era imposible que surgiera un bodegón, o algún negocio de vinos, dado que la proximidad de los prusianos y el paso de las tropas francesas, hambrientas, habían espantado a todas las industrias.

Los caballeros corrieron en busca de provisiones hasta las granjas que aparecían al borde de los caminos, pero ni siquiera encontraron pan, porque los campesinos, desconfiados, escondían sus reservas por miedo a ser sorprendidos por soldados que, no teniendo qué comer, se llevaran por la fuerza lo primero que les saliera al paso.

A eso de la una del mediodía, Loiseau anunció que, decididamente, experimentaba un gran vacío en el estómago. Desde hacía rato, a todo el mundo le sucedía lo mismo; y la violenta necesidad de comer, siempre en aumento, había enmudecido las conversaciones. De vez en cuando, alguno bostezaba; casi de inmediato otro lo imitaba; y cada uno, de acuerdo con su carácter, su manera de ser, su educación y su nivel social, abría la boca ostensible o disimuladamente, llevándose con rapidez la mano hasta allí, de donde salía una especie de humo.





Bola de Sebo, en muchas ocasiones, hizo ademán de inclinarse como si buscara algo bajo sus enaguas. Dudaba durante algunos segundos, observaba a sus vecinos y luego se enderezaba tranquilamente. Los rostros estaban pálidos y crispados. Loiseau afirmó que pagaría hasta mil francos por un pedazo de jamón. Su mujer intentó protestar y después se calmó. Siempre sufría con sólo oír hablar de dinero derrochado, e incluso no llegaba a entender las bromas al respecto.

—Lo cierto es que no me siento nada bien— dijo el conde —.

¿Cómo no se me ocurrió traer provisiones?

Cada uno se hacía a su vez el mismo reproche.

Sin embargo, Cornudet llevaba una pequeña botella de ron; la ofreció, pero se la rechazaron con frialdad. Únicamente Loiseau aceptó un poco, y al devolverla dijo:

—A pesar de todo, cae bien, caliente y engaña el estómago.

El alcohol lo puso de buen humor, y por eso propuso hacer lo mismo que los náufragos de la canción: comerse al más gordo de los presentes. Esta alusión indirecta a Bola de Sebo chocó a los bien educados. Nadie le respondió; sólo Cornudet insinuó una sonrisa. Las dos monjas habían terminado de rezar su rosario y, con las manos enfundadas en sus grandes mangas, permanecían inmóviles, bajando obstinadamente la mirada, sin duda ofrendando al cielo el sufrimiento que les enviaba.

A eso de las tres de la tarde, como seguía sin aparecer un solo pueblo en medio de esa llanura interminable, Bola de Sebo, inclinándose resueltamente, sacó de debajo del asiento una gran canasta cubierta con una servilleta blanca.

Primero extrajo un platito de loza, un fino recipiente de plata, después un barreño grande en que se encontraban dos pollos enteros, ya cortados, cubiertos de gelatina; y además era posible divisar en la canasta otras ricas cosas envueltas: pasteles, frutas, golosinas, provisiones preparadas para un viaje de tres días a fin de no recurrir a la comida de las posadas. Cuatro picos de botellas asomaban entre los paquetes de alimentos. Tomó un ala de pollo y, delicadamente, se puso a comerla con uno de esos panes pequeños que se llaman «regencias» en Normandía,

Todas las miradas se concentraron en ella. Y el olor empezó a expandirse, ensanchando las narices, provocando en las bocas una saliva abundante junto con una contracción dolorosa de la mandíbula, a la altura de las orejas. El desprecio de las damas hacia esta muchacha se volvía feroz, ya se transformaba casi en deseo de matarla, de arrojar fuera del coche, a la nieve, tanto a ella como a su recipiente, a su canasta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos el barreño del pollo. Dijo:

—Felicitaciones. La señora fue más precavida que nosotros.

Hay personas que nunca se olvidan de nada.

Ella levantó la cabeza hacia él:

— ¿Si usted gusta, señor? Resulta penoso pasarse todo un día sin comer.

El hizo una reverencia:

—Francamente, no lo rechazo; ya no puedo más. En la guerra como en la guerra, ¿No es verdad, señora?

Y, paseando su mirada en redondo, agregó:

—En momentos como éste, da gusto encontrar gente generosa.





De inmediato extendió un diario para no manchar su pantalón y, con la punta de un cuchillo que siempre llevaba consigo, ensartó un muslo enteramente cubierto de gelatina, lo despedazó con los dientes y empezó a masticar con una satisfacción tan notoria, que llegó a provocar un gran suspiro de angustia en los demás.

Bola de Sebo, con palabras humildes y suaves, propuso a las monjas que compartieran su comida. Ambas aceptaron instantáneamente y, sin levantar la mirada, se dedicaron a comer muy rápido después de haber balbuceado las gracias. Cornudet tampoco rechazó los ofrecimientos de su vecina; y así, con las religiosas, se formó una especie de mesa desplegando periódicos sobre las rodillas.

28 

Las bocas se abrían y se cerraban sin cesar, tragaban, mastocaban, devoraban ferozmente. En su rincón, Loiseau no paraba un instante; en voz baja, procuraba convencer a su mujer de que lo imitara. Ella resistió durante bastante tiempo, pero cedió al cabo de un estremecimiento que le recorrió las entrañas. Entonces su marido, con palabras muy amables, preguntó a su «encantadora compañera de viaje» si le permitía ofrecer un pedacito a la señora Loiseau. Ella dijo: «Por supuesto, señor», con una sonrisa amable, mientras extendía el barreño.

No bien destapada la primera botella de burdeos, se produjo un conflicto: sólo contaban con un vaso. Se lo fueron pasando después de limpiar respectivamente el borde. Sólo Cornudet, sin duda por galantería, puso sus labios en el mismo sitio todavía húmedo por los de su vecina.

Rodeados de personas que comían, sofocados por las emanaciones de los alimentos, el conde y la condesa de Bréville,

así como el señor y la señora Carré-Lamadon, experimentaron el espantoso suplicio que se ha conservado con el nombre de Tántalo. De pronto; la joven mujer del industrial dejó escapar un suspiro que hizo volver todas las cabezas; su rostro tenía la blancura de la nieve de fuera, sus ojos se cerraron, su frente cayó: había perdido el conocimiento. Su marido, fuera de sí, imploraba ayuda a todos. Y cada uno acentuaba su desaliento hasta que la mayor de las monjas, sosteniendo la cabeza de la enferma, deslizó entre sus labios el pequeño vaso de Bola de Sebo, haciéndole beber algunas gotas de vino. La hermosa dama se movió, abrió en seguida los ojos y, después de sonreír, declaró con una voz moribunda que ya se sentía mucho mejor. Pero, con el propósito de que no volviera a sucederle lo mismo, la religiosa la obligó a beber un vaso lleno de Burdeos, y agregó:

—Se debe al hambre, a ninguna otra cosa.

Entonces Bola de Sebo; enrojecida y desconcertada, balbuceó, mirando a los cuatro viajeros que no habían comido:

— ¡Dios mío!, me atrevería a ofrecer a estos señores y a estas damas...

Pero de inmediato hizo silencio, temiendo ofenderlos.

Loiseau tomó la palabra:

— ¡Eh, caramba! En casos similares, todo el mundo es hermano y debe ayudarse. Por lo tanto, señores, ¡nada de ceremonias, acepten sin chistar! ¿Acaso sabemos si nos será posible dar con una casa donde pasar la noche? Al paso que vamos, no llegaremos a Totes antes de mañana a mediodía.

Sin embargo, seguían dudando, nadie se permitía asumir





la responsabilidad de una respuesta afirmativa.

El conde, finalmente, transigió. Y, volviéndose hacia la gorda muchacha intimidada, le dijo con su solemnidad de aristócrata:

—Aceptamos muy agradecidos, señora.

Sólo el primer paso resulta difícil. Una vez superado, todo anda sobre rieles. La canasta terminó completamente vacía: se comieron *el paté de foie gras*, el pastel, un pedazo de lengua ahumada, las peras de agua, los dulces, y una taza repleta de pepinillos y cebollas en vinagre. Bola de Sebo, como todas las mujeres, adoraba los alimentos crudos.

30 

No era posible comerse las provisiones de esta muchacha sin dirigirle la palabra. Por lo tanto, al principio se habló con reserva, pero como ella era discreta, tendieron a relajarse. Las señoras de Bréville y Carré-Lamadon, que tenían muy buenos modales, se mostraron afectuosas y delicadas. Sobre todo, la condesa hizo gala de esa condescendencia amable típica de las damas nobles a las que no puede rebajar ningún contacto, y resultó encantadora. En cambio, la robusta señora Loiseau, que tenía un alma de gen-darme, conservó su rigidez, hablando poco y comiendo mucho.

Hablaron acerca de la guerra, naturalmente. Se hizo referencia a los horribles actos de los prusianos y a las demostraciones de valor por parte de los franceses; todas esas personas que huían, hom-enajeaban no obstante el valor de los otros. Y poco más adelante se iniciaron las historias personales; entonces Bola de Sebo contó, con emoción auténtica, con esa cálida expresión que a veces alcan-zan las muchachas cuando quieren referirse a sus comportamientos naturales, cuáles eran los motivos que la obligaban a irse de Ruán:

—Al principio creí que podría quedarme —dijo—. Tenía una casa repleta de provisiones y prefería alimentar a algunos soldados que expatriarme a quién sabe dónde, Pero, en cuanto vi a los prusianos, ¡fue más fuerte que yo! Me revolieron la sangre de rabia; y lloré de vergüenza durante todo el día. ¡Oh, si hubiese sido hombre! Desde mi ventana miraba a esos inmundos con sus cascos puntiagudos, y mí criada tenía que sujetarme las manos para que no les arrojara todos los muebles encima. Después vinieron a alojarse en mi casa; salté a la garganta del primero que apareció. ¡Son tan fáciles de estrangular como cualquiera! Y hubiese terminado con él allí mismo si no se ponen a tirarme del pelo. Después de eso tuve que esconderme. Finalmente, en cuanto apareció una oportunidad, me fui, y aquí me tienen.

Fue muy felicitada. Crecía ante la estima de sus compañeros, los cuales, por otra parte, no se habían mostrado tan valientes; y Cornudet, al escucharla, conservaba una sonrisa aprobadora y benévola de apóstol, lo mismo que un sacerdote escucha a un devoto alabar a Dios, dado que los demócratas barbudos tienen el monopolio del patriotismo, así como los hombres de sotana cuentan con el de la religión, A su debido turno habló con un tono doctrinario, con el énfasis aprendido de las proclamas que se pegan a diario en las paredes, y remató su discurso con un párrafo elocuente donde atacó magistralmente a ese «crápula de Badinguet»²

Pero Bola de Sebo de inmediato se ofendió, dado que era bonapartista. Su rostro se volvió rojo como una guinda y, llena de indignación, dijo:

² Sobrenombre que sus enemigos daban a Napoleón III.





—Hubiera querido verlos a ustedes en su lugar. ¡Eso es lo que habría sido justo, claro que sí! ¡Ustedes son los que traicionaron a ese hombre! ¡Sólo quedaría irse de Francia en el caso de ser gobernados por libertinos como ustedes!

Cornudet, impasible, no perdía su sonrisa desdeñosa y superior; pero podía presentir que iban a llegar palabras más gruesas, sobre todo cuando el conde se interpuso para calmar, no sin esfuerzo, a la muchacha exasperada, proclamando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran respetables. Sin embargo, la condesa y la esposa del industrial, que escondían en su alma el odio irracional de las personas de bien hacia la República, y que contaban con esa ternura instintiva que alimentan todas las mujeres hacia los gobiernos altivos y despóticos, a pesar de sí mismas se sentían atraídas hacia esa prostituta llena de dignidad, cuyos sentimientos terminaban pareciéndose mucho a los de ellas.

Las diez personas, que habían vaciado la canasta, lamentaban ahora que no hubiese sido más grande. La conversación continuó por algún tiempo, pero bastante menos animada desde que habían terminado de comer.

Caía la noche, la oscuridad se volvió poco a poco más profunda; y el frío, más perceptible durante las digestiones, hacía tiritar a Bola de Sebo a pesar de su grasa. Entonces la señora de Bréville le ofreció su pequeño brasero, cuyo carbón había sido renovado varias veces desde la mañana, y ella aceptó de inmediato, porque sentía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau brindaron los suyos a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles, que ahora alumbraban

con un resplandor intenso una nube de vaho por encima de las ancas sudadas; y, a ambos lados del camino, la nieve parecía des-plegarse bajo el reflejo móvil de las luces.

Ya no se distinguía nada dentro del coche, pero de repente se produjo un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, cuya vista estaba acostumbrada a la oscuridad, creyó ver al hombre barbudo que se apartaba rápidamente, como si hubiese recibido un golpe fuerte asestado sin ruido.

Pequeños puntos luminosos aparecieron delante, sobre el camino. Era Totes. Habían andado once horas que, sumadas a los cuatro intervalos para que descansaran los caballos, hacían un total de catorce fatigosas horas. Una vez en el pueblo, se detuvieron frente al Hotel del Comercio.

Al abrir la puerta, un ruido muy familiar hizo estremecer a los viajeros: eran los golpes de una vaina de sable contra el suelo. Y de inmediato los gritos de un alemán.

A pesar de que la diligencia estaba inmóvil, nadie descendía, como si existiese la amenaza de una matanza general. Poco después apareció el conductor con uno de sus faroles en la mano, iluminando hasta el fondo del coche las dos hileras de cabezas de rostros espantados, con las bocas abiertas y los ojos desorbitados por la sorpresa y el terror.

Junto al cochero se encontraba, a plena luz, un joven oficial alemán muy alto y excesivamente delgado y rubio, ceñido por su uniforme como una muchacha por su corsé, con la gorra ladeada y brillante que lo hacía parecerse al botones de un hotel inglés. Su bigote, desmesurado y lacio, se adelgazaba indefinidamente





a cada costado, hasta terminar en un único pelo rubio, tan delgado que resultaba imposible distinguir dónde terminaba: daba la impresión de pesar sobre los ángulos de la boca y, estirando las mejillas, imprimir a los labios un pliegue desencajado.

En francés alsaciano invitó a los viajeros a salir, con un tono abrupto.

Las primeras en obedecer fueron las dos monjas, con docilidad de mujeres santas habituadas a todas las sumisiones. De inmediato aparecieron el conde y la condesa, seguidos por el industrial y su mujer, y después, empujando a su enorme esposa Loiseau, quien, en cuanto puso el pie en tierra, se apresuró a decirle al oficial: «Buenos días, señor», con un sentimiento de prudencia más que de cortesía. El oficial, con la insolencia del poderoso, lo miró sin responder.

Bola de Sebo y Cornudet, a pesar de encontrarse muy cerca de la puerta, descendieron los últimos, graves y altaneros frente al enemigo. La muchacha trataba de contenerse y aparecer tranquila; el demócrata sobaba con una mano trágica y algo temblorosa su larga barba rojiza. Ambos querían mantener la dignidad, dado que en ese tipo de encuentros se sentían representantes de su país; y, simultáneamente sublevados por la docilidad de sus compañeros, ella trataba de aparecer más agresiva que el resto de las mujeres, mientras que él, sintiendo que debía dar ejemplo, mantenía la misma actitud de cuando actuara en la resistencia activa.

Entraron en la amplia cocina del hotel, donde el alemán, después de hacerse presentar la autorización de partida firmada por el general en jefe, donde se mencionaba los nombres, las filiaciones y la profesión de cada viajero, se dedicó a examinar durante mucho



tiempo a cada uno, cotejándolos con las informaciones escritas.

Finalmente dijo en tono brusco: «Está bien», y desapareció.

Se restableció la calma y ordenaron la comida. Durante la media hora necesaria para ser preparada, se dedicaron a visitar los cuartos a lo largo de un corredor que terminaba en una puerta de vidrio con un número muy notorio.

Cuando estaban por sentarse a la mesa, apareció el dueño del hotel. Era un viejo mercader de caballos, gordo y asmático, que padecía ahogos permanentes, afonías y excesos de flemas. De su padre había heredado el nombre de Follenvie. Preguntó:

– ¿La señorita Elisabeth Rousset? Bola de Sebo, estremecida, se volvió: –Yo soy.

–Señorita, el oficial prusiano quiere hablar inmediatamente con usted.

– ¿Conmigo?

–Sí, si le parece bien, señorita Elisabeth Rousset.

Ella se inquietó pero, después de reflexionar un segundo, dijo resueltamente:

–Es posible, pero no iré

Se produjo cierto movimiento alrededor de ella; cada uno discutía, buscaba la causa de una decisión semejante. El conde se aproximó:

–Está en un error, señora, porque su negativa puede acarrear dificultades considerables, no sólo para usted, sino para todos sus compañeros. Nunca hay que resistirse a las personas más fuertes. Esa gestión, seguramente, no puede representar ningún peligro; sin duda, se relaciona con alguna formalidad olvidada.





Todos se adhirieron a este criterio: se le rogó, se le intimidó entre sermones, hasta que lograron convencerla; cada uno a su modo temía las complicaciones que podrían resultar de una arbitrariedad. Al fin dijo ella:

— ¡Lo hago por ustedes, sin duda alguna!

La condesa le tendió la mano:

—Y nosotros se lo agradecemos.

Ella sonrió. La esperaron para sentarse a comer. Se lamentaron de no haber sido llamados en lugar de esa muchacha violenta e iracunda, y preparaban mentalmente sus respectivas bajezas para el caso de que se los llamara a su debido turno.

36

Pero al cabo de diez minutos ella reapareció, encendida y exasperada. Balbuceó:

— ¡Oh el miserable!, ¡el miserable!

Todos quisieron saber lo sucedido, pero ella no dijo nada; sólo ante la insistencia del conde optó por responder, con una gran dignidad:

—No, no es algo que le concierna; no puedo hablar. Se sentaron alrededor de una alta sopera de la que brotaba un profundo olor a repollo. A pesar de la inquietud, su contenido fue arrasado. Como la sidra era buena, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, por razones de economía. Los otros pidieron vino, y Cornudet prefirió cerveza. Tenía una manera particular de destapar la botella, de conseguir espuma, de contemplarla inclinando el vaso, para después apreciar el color del líquido a contraluz. Cuando bebía, su gran barba —que conservaba el matiz de su brebaje predilecto— parecía estremecerse de ternura; bizqueaba para no perder

de vista su vaso, y en todo ese ritual parecía estar cumpliendo la única función para la que había nacido. Podría decirse que en su espíritu se producía un acercamiento y hasta una especie de afinidad entre las dos grandes pasiones que ocupaban su vida: la cerveza y la Revolución; y muy posiblemente le sería imposible paladear a una sin pensar al mismo tiempo en la otra.

El señor y la señora Follenvie comían en el otro extremo de la mesa. El, bufando como una locomotora agotada, tenía demasiadas dificultades respiratorias para poder hablar mientras duraba la comida; en cambio, la mujer no callaba nunca. Contó todas sus impresiones ante la llegada de los prusianos, lo que ellos hacían y decían, maldiciéndolos antes que nada porque le costaban dinero y, además, porque tenía dos hijos en el ejército. Se dirigía sobre todo a la condesa, orgullosa de poder hablar con una dama de alcurnia.

Después bajaba la voz para decir cosas delicadas, mientras su marido la interrumpía de vez en cuando:

—Sería preferible que te callaras, señora Follenvie.

Pero ella no lo tenía en cuenta, y proseguía:

—Sí, señora, esa gente no hace otra cosa que comer patatas y cerdo, cerdo y patatas. Y no vaya a creerse que son limpios. ¡Oh, no! Ensucian por todas partes, perdonando la expresión. Se dedican a hacer ejercicios durante horas, todos los días; se pasan todo el tiempo en el campo; y marcha adelante, y marcha atrás, y vuelta para un lado, y vuelta para el otro. ¡Si al menos cultivasen la tierra o trabajasen en los caminos de su país! ¡Pero no, señora, esos soldados no rinden beneficio a nadie! ¡Es preciso que el pobre pueblo los alimente, para que ellos no aprendan otra cosa que exterminar!





Es cierto que no soy más que una vieja sin educación, pero, al ver cómo se revientan marchando de la mañana hasta la noche, me digo: ¡Mientras tanta gente se dedica a descubrimientos útiles, otros hacen todo lo posible para volverse perjudiciales! En última instancia, ¿no es una abominación matar a los hombres, sean éstos prusianos, ingleses, polacos o franceses? Vengarse de alguien que nos hizo daño está mal, es algo condenable; ¿y no es mucho peor que se extermine a nuestros muchachos como carne de patíbulo, con fusiles, ofreciendo condecoraciones a quien consigue mayor número de víctimas? ¡No, créame, nunca comprenderé esto!



38

Cornudet alzó la voz:

—La guerra es una barbarie cuando se ataca a un semejante pacífico; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria. La vieja bajó la cabeza:

—Sí, cuando se trata de defenderse, es otra cosa; pero ¿no sería preferible matar a todos los reyes que provocan esto para su propia satisfacción?

Los ojos de Cornudet se inflamaron:

—Magnífico, ciudadana — dijo.

El señor Carré—Lamadon reflexionaba profundamente. A pesar de su fanatismo por capitanes ilustres, el sentido común de esta campesina le hacía pensar en la opulencia que aportarían a un país tantos brazos desocupados y, por consiguiente, ruinosos, tantas fuerzas que permanecen improductivas, en el caso de ocuparlos en grandes empresas industriales que necesitarían siglos para culminarse.

Loiseau fue a sentarse junto al dueño del hotel para hablarle en voz baja. El hombrón reía, tosía, escupía; su enorme vientre

saltaba de júbilo ante las bromas de su vecino, hasta que terminó comprándole seis barriles de burdeos para la primavera, cuando ya los prusianos se hubiesen ido.

Apenas terminada la comida, dado el gran cansancio que experimentaban, se retiraron a dormir.

Sin embargo, Loiseau, que había observado las cosas, dejó a su mujer acostada y permaneció alerta frente al hueco de la cerradura con el propósito de descubrir lo que llamaba «los misterios del corredor».

Aproximadamente al cabo de una hora, escuchó un roce, y al mirar con atención pudo descubrir a Bola de Sebo, que ahora parecía más rellena enfundada en su bata de cachemira azul adornada con puntillas blancas. Con una lámpara en la mano, se dirigía hacia aquel número inmenso que se encontraba en el fondo del corredor. Pero se entreabrió una puerta y, cuando ella regresó, unos minutos después, Cornudet, en paños menores, la seguía. Hablaban en voz baja, hasta que se detuvieron. Bola de Sebo parecía defender con energía la entrada de su cuarto. Loiseau, desgraciadamente, no entendía las palabras, pero por fin, gracias a que levantaron la voz, pudo precisar algunas, Cornudet insistía con obstinación. Decía:

—Vamos, no sea tonta; ¿qué mal puede hacerle?

Ella, indignada, respondió:

—No, querido, hay momentos en que estas cosas no se hacen; por otra parte, aquí sería una vergüenza.

Era evidente que él no comprendía, y preguntó por qué. Ella se puso furiosa, elevando todavía más el tono:

— ¿Por qué? ¿No comprende por qué? ¿Cuándo hay prusianos





en la casa, tal vez hasta en el cuarto de al lado?

El no dijo nada más. Ese pudor patriótico de prostituta que no se deja acariciar cerca del enemigo, debió de despertar la dignidad desfalleciente de su corazón, porque, después de haberla besado, se retiró sigilosamente.

Loiseau, inflamado, abandonó el ojo de la cerradura y, después de ponerse su gorro de dormir, levantó la ropa bajo la cual yacía la dura osamenta de su compañera, despertándola con un beso para murmurar:

— ¿Me amas, querida?

40 

Toda la casa se volvió silenciosa. Pero de repente tendió a elevarse desde alguna parte, en una dirección indeterminada que bien podía ser el sótano o el granero, un ronquido potente, monótono, regular, un ruido sordo y prolongado, con estremecimientos de caldera en ebullición: el señor Follenvie dormía.

Como se había decidido la partida para las ocho del día siguiente, todos se encontraron en la cocina; pero el coche, cubierto de nieve, permanecía solitario en medio del patío, sin caballos y sin conductor. Se buscó a éste, sin resultado alguno, por los desvanes y las cuadras. Entonces todos los hombres resolvieron recorrer el pueblo, y salieron. Llegaron a la plaza, con una iglesia en el fondo y, a los costados, casas bajas donde podían distinguirse soldados prusianos. Uno pelaba patatas; otro, más alejado, limpiaba la peluquería; un tercero, barbudo hasta los ojos, abrazaba a un niño, meciéndolo sobre sus rodillas para que dejara de llorar. Y las corpulentas campesinas, cuyos hombres se encontraban «en el ejército», indicaban por señas a sus obedientes vencedores el

trabajo que era necesario realizar: cortar leña, encender el fuego, moler el café; uno de ellos, incluso lavaba la ropa de una pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, interrogó al sacristán, que salía del presbiterio. El viejo ratón de iglesia le respondió:

— ¡Ah! No es mala gente: no son lo que se dice prusianos.

Son de más lejos, no sé con exactitud de dónde; y todos han dejado mujer e hijos en su país. ¡La guerra no los divierte en absoluto! Estoy seguro de que allá también se llora la ausencia de los hombres; y esto producirá una espantosa miseria tanto entre ellos como entre nosotros. Aquí, todavía no somos demasiado desdichados por el momento; ellos no hacen ningún daño y trabajan como si estuviesen en sus casas. Sí señor, entre los pobres es preciso, ayudarse... Los ricos son los que originan la guerra.

Cornudet, indignado por la cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, se retiró, prefiriendo encerrarse en el hotel. Loiseau encontró una salida graciosa: «Repueblan.» El señor Carré-Lamadon, en cambio, fue más grave: «Reparan.» Pero el cochero no aparecía por ninguna parte. Por fin lo encontraron en el café del pueblo, compartiendo fraternalmente su mesa con un ordenanza de oficial. El conde le preguntó:

—¿No le habíamos ordenado enganchar a las ocho?

— ¡Ah, sí!, pero después me dieron otra orden.

— ¿Cuál?

—La de no enganchar.

—¿Quién le dio esa orden?

—El comandante prusiano.





– ¿Por qué?

–No sé nada. Vaya a preguntarle. Se me prohibió enganchar, y yo no engancho. Eso es todo.

– ¿Se lo dijo él en persona?

–No, señor: el hotelero me dio la orden de su parte.

– ¿Cuándo fue eso?

–Ayer por la noche, cuando iba a acostarme. Los tres hombres regresaron muy inquietos. Preguntaron por el señor Follenvie, pero el criado respondió que el señor, a causa de su asma, nunca se levantaba antes de las diez. Incluso tenía estrictamente prohibido despertarlo más temprano, excepto en caso de incendio.

42

Intentaron ver al oficial, pero resultó absolutamente imposible a pesar de que se alojaba en el hotel. Únicamente el señor Follenvie estaba autorizado a molestarlo por asuntos civiles. Optaron por es-
perar. Las mujeres subieron a sus cuartos, ocupándose en naderías.

Cornudet se instaló junto a la alta chimenea de la cocina, donde ardía el fuego. Hizo que le llevaran allí una de las mesitas de café y una botella de cerveza, y encendió su pipa, que gozaba entre los demócratas de un prestigio casi similar al suyo, como si hubiese servido a la patria sirviendo a Cornudet. Se trataba de una soberbia pipa de espuma, admirablemente curada, tan negra como los dientes de su dueño, pero perfumada, curvada, brillante, familiar a su mano y complemento inseparable de su fisonomía. Y permaneció inmóvil, con los ojos fijos unas veces en las llamas y otras en la espuma que coronaba su vaso. Después de cada sorbo, pasaba con satisfacción sus largos dedos delgados por su pelo grasiento, mientras llenaba de humo sus bigotes humedecidos por la espuma.

Loiseau, con el pretexto de estirar las piernas, se dedicó al comercio de vino con los habitantes del pueblo. El conde y el industrial charlaban de política. Preveían el porvenir de Francia. Uno creía en los Orleáns, el otro en un redentor ignorado, un héroe que se revelaría cuando ya todo llegara a su límite. ¿Un Du Guesclin, una Juana de Arco acaso? ¿U otro Napoleón? ¡Ah, si el príncipe imperial no fuese tan joven! Cornudet, escuchándolos, sonreía como hombre que conoce la palabra de los predestinados. Su pipa llenaba de perfume la cocina.

A las diez apareció el señor Follenvie. Se le interrogó de inmediato; pero él sólo pudo repetir dos o tres veces, sin variante alguna, estas palabras: «El oficial me dijo lo siguiente: “Señor Follenvie, usted prohibirá que se enganche mañana el coche de los viajeros. No quiero que se vayan sin mi consentimiento. Queda entendido. Es suficiente.”»

Entonces quisieron ver al oficial. El conde le envió su tarjeta, en la cual el señor Carré-Lamadon agregó su nombre y todos sus títulos. El prusiano mandó decir que admitiría hablar con ambos después de que hubiese almorzado, es decir, a eso de la una.

Las damas reaparecieron, y poco más tarde se comió, a pesar de la inquietud. Bola de Sebo parecía estar enferma y muy trastornada.

Terminaban el café cuando el ordenanza llegó en busca de los dos señores.

Loiseau se unió a ellos; pero, cuando se intentó arrastrar a Cornudet para dar mayor solemnidad a la gestión, éste declaró furiosamente que confiaba en no tener nunca ningún tipo de relación con los alemanes; y volvió a instalarse junto a su chimenea,





pidiendo otra botella de cerveza.

Los tres hombres subieron y los hicieron pasar al cuarto más hermoso del hotel, donde el oficial los recibió tendido en un sillón, con los pies sobre la chimenea, fumando en una larga pipa y envuelto en una bata resplandeciente, sin duda de la residencia abandonada de algún burgués de mal gusto. No se puso de pie ni los saludó, ni siquiera los miró. Ofrecía una magnífica prueba de la grosería natural en el militar victorioso.

Después de algunos instantes, dijo finalmente:

— ¿Qué es lo que quieren?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, señor.

—No.

— ¿Podría preguntarle la causa de esta negativa?

—Porque no quiero.

—Respetuosamente quisiera hacerle notar, señor, que su general en jefe nos ha otorgado un permiso de salida para llegar a Dieppe, y pienso que nosotros no hemos hecho nada que merezca su rigor.

—No quiero... Eso es todo... Pueden retirarse.

Después de una reverencia, los tres salieron.

La tarde resultó lamentable. Era imposible comprender el capricho del alemán, y las ideas más singulares acudían a las cabezas. Todos permanecían en la cocina, discutiendo indefinidamente, imaginando cosas inverosímiles. ¿Tal vez pretendían mantenerlos como rehenes? ¿Pero con qué finalidad? ¿O querían llevarlos como prisioneros? ¿O pedir un rescate considerable por ellos?

El pánico los dominó. Los más ricos resultaban los más espantados, imaginándose ya en la obligación, para rescatar sus vidas, de desparramar bolsas llenas de oro entre las manos de esos soldados insolentes. Se rompían la cabeza tratando de descubrir mentiras aceptables que disimularan sus riquezas, que los hiciesen pasar por pobres, muy pobres. Loiseau escondió en un bolsillo su reloj de cadena. La caída de la noche aumentó las aprensiones. Una vez encendida la lámpara, como todavía faltaban dos horas para la cena, la señora Loiseau propuso una partida de «treinta y uno». Sería una distracción. Lo aceptaron. El mismo Cornudet, que había apagado su pipa por cortesía, se integró al juego.

El conde mezcló las cartas y dio. Bola de Sebo hizo «treinta y uno» en el acto; y pronto el interés de la partida apaciguó el miedo que los obsesionaba. Cornudet se dio cuenta de que el matrimonio Loiseau hacía trampas.

En el momento de dirigirse a la mesa, reapareció el señor Foellenvie, quien, con su voz afónica, dijo:

—El oficial prusiano me manda a preguntar a la señorita Elisabeth Rousset si es que ha cambiado de idea.

Bola de Sebo permaneció de pie, muy pálida; después, arrebatada, su cólera fue tan grande que ni siquiera le permitía articular una palabra. Finalmente estalló:

— ¡Dígale a ese crápula, a ese sudo, a esa carroña de prusiano, que nunca aceptaré; entiéndalo bien: nunca, nunca, nunca!

En cuanto volvió a salir el gordo hotelero, Bola de Sebo fue rodeada e interrogada; todos le pidieron que revelara el misterio de su visita. Al principio ella se resistió, pero pudo





más la exasperación:

– ¿Lo que él quiere...? ¿Lo que él quiere...? ¡Quiere acostarse conmigo! – gritó.

La indignación general fue tan grande, que nadie intentó decir una sola palabra. Cornudet rompió su vaso apoyándolo violentamente contra la mesa. Era un clamor de desaprobación contra ese soldaducho innoble, un soplo de cólera, una unión común para la resistencia, como sí a cada uno se le hubiese pedido una parte del sacrificio exigido a ella. El conde declaró con disgusto que esa gente se comportaba como los antiguos bárbaros. Sobre todo, las mujeres prodigaban a Bola de Sebo una conmiseración enérgica y cariñosa. Las monjas, que sólo aparecían a la hora de las comidas, bajaban la cabeza sin decir nada.

46 

A pesar de todo cenaron, aprovechando el apaciguamiento del primer furor; pero se habló poco: cada uno pensaba.

Las damas se retiraron temprano, y los hombres, fumando, organizaron una partida de *ecarté* a la que fue invitado el señor Follenvie; los movía la intención de interrogarlo, con la mayor habilidad posible, acerca de los medios que podrían emplearse para vencer la resistencia del oficial. Pero él sólo se preocupaba por sus cartas, sin escuchar ni responder nada; y repetía sin cesar: «Al juego, señores, al juego.»

Mantenia tan fija su atención, que hasta se olvidaba de escupir, lo que terminaba provocándole grandes dificultades en la respiración. Sus pulmones obstruidos producían toda la gama del asma, desde las notas graves y profundas hasta los ronquidos agudos de los gallitos que intentan cantar por primera vez.

Incluso se negó a subir cuando su mujer, que se caía de sueño, apareció para buscarlo. Entonces ella se fue sola, porque era «diurna», levantándose siempre con el sol, mientras que su marido era «nocturno», es decir, siempre dispuesto a pasar la noche con los amigos. Él le gritó: «Coloca mi leche batida junto al fuego», y volvió a enfrascarse en el juego. Cuando se convencieron de que resultaría imposible sacarle nada, dijeron que era hora de retirarse y cada uno se fue a la cama.

Al día siguiente se levantaron todavía más temprano, con cierta esperanza indeterminada, con un deseo cada vez más intenso de irse junto con el terror de verse obligados a pasar otro día en ese horrible hotelito.

Los caballos seguían en sus pesebres y el cochero se había vuelto invisible. Se entretuvieron dando vueltas alrededor del coche, el desayuno resultó muy triste; y empezaba a producirse una especie de enfriamiento en relación con Bola de Sebo, dado que la noche hace reflexionar y, por lo tanto, había modificado algo los criterios. Ya casi despreciaban a la muchacha por no haber acudido secretamente al encuentro del prusiano, y de esta forma estar en condiciones de ofrecer una buena noticia matinal a sus compañeros.” ¿Acaso no era lo más simple? Por otra parte, ¿Quién iba a saberlo? Ella podría salvar las apariencias dando a entender al oficial que sentía piedad por ellos. Para ella, ¡significaba tan poco!

Pero nadie se atrevía a confesar esos pensamientos.

Por la tarde, cuando ya cundía el aburrimiento, el conde propuso dar un paseo por los alrededores del pueblo. Después





de abrigarse bien, partieron con excepción de Cornudet, quien prefería seguir cerca del fuego, y de las monjas, que pasaban sus días en la iglesia o en la casa del cura.

El frío, cada vez más intenso, castigaba cruelmente la nariz y las orejas. Los pies llegaban a entumecerse tanto, que cada paso se volvía un verdadero sufrimiento. Cuando descubrieron el campo, les pareció tan horriblemente lúgubre bajo esa blancura ilimitada, que de pronto todos quisieron regresar, con el alma helada y el corazón oprimido.

Las cuatro mujeres caminaban delante y los tres hombres las seguían a poca distancia.

48

Loiseau, que comprendía la situación, preguntó de repente si esa «muchachita» iba a retenerlos todavía durante mucho tiempo en un sitio semejante. El conde, siempre amable, aseguró que no era posible exigir de una mujer un sacrificio tan penoso, y que la determinación debía originarse en ella misma. El señor Carré-Lamadon hizo notar que, si los franceses realizaban, como estaba previsto, una contraofensiva por Dieppe, el encuentro armado sólo podía producirse en Totes. Esta reflexión preocupó a los otros dos.

—Podríamos escaparnos a pie — dijo Loiseau.

El conde levantó los hombros:

— ¿Cómo se le puede ocurrir, con esta nieve, con nuestras mujeres? Por otra parte, seríamos perseguidos de inmediato, capturados en diez minutos y librados a la arbitrariedad de los soldados.

Era evidente, y permanecieron en silencio.

Las damas hablaban de vestidos, pero cierta inquietud parecía separarlas.

De pronto, hacia el final de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cerraba el horizonte, se perfilaba su alta y delgada figura, envuelta ahora en su uniforme, y marchaba con las rodillas separadas, con ese ritmo peculiar de los militares que se esfuerzan en no ensuciar sus botas cuidadosamente lustradas.

Se inclinó al pasar cerca de las damas y miró con cierto desprecio a los hombres, quienes tuvieron la dignidad de no descubrirse, a pesar de que Loiseau intentara llevarse la mano hasta el sombrero.

Bola de Sebo enrojeció hasta las orejas; y las tres mujeres casadas experimentaron, por su parte, la gran humillación de haberse cruzado con ese soldado en compañía de una muchacha a la que él trataba tan brutalmente.

Entonces hablaron de él, de su apostura, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había conocido a muchos oficiales y los juzgaba por experiencia, no lo encontraba del todo mal; incluso lamentó que no fuese francés, ya que resultaría un fuerte y hermoso húsar, capaz de enloquecer a todas las mujeres.

Una vez de vuelta al hotel, ya no encontraron en qué ocuparse. Incluso intercambiaron expresiones agrias acerca de cosas insignificantes. La cena, silenciosa, duró poco, y cada uno subió a acostarse con el propósito de dormir para matar el tiempo.

Al día siguiente bajaron con los rostros llenos de fatiga y los corazones exasperados. Las mujeres apenas dirigían la palabra a Bola de Sebo.

Sonó una campana. Se trataba de un bautismo. La gruesa muchacha tenía un hijo que criaban unos campesinos de Yvetot.





Sólo lo veía una vez al año, y nunca pensaba en eso; pero, al advertir que iban a bautizar a otro, se le inundó el corazón de ternura repentina y violenta, y quiso asistir indefectiblemente a la ceremonia.

No bien hubo salido, todos se miraron entre sí y luego aproximaron las sillas: ya nadie dudaba de que era preciso decidir algo. Loiseau tuvo una ocurrencia: era posible proponer al oficial que se quedara con Bola de Sebo y dejara partir a los demás.

El señor Follenvie se hizo cargo de la gestión, pero descendió casi de inmediato. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había rechazado. Pretendía retenerlos a todos mientras que su deseo no fuese satisfecho.

Entonces estalló el carácter vulgar de la señora Loiseau:

—No podemos morirnos de viejos aquí. Dado que su ofició es hacer eso con todos los hombres, me parece que no tiene ningún derecho a rechazar a uno más que a otro. ¡Pero si ha tenido que ver con todo el mundo en Ruán, incluso con los cocheros! ¡Sí, señora, con el cochero de la prefectura! Lo sé perfectamente; él compra su vino en nuestra casa. ¡Y, ahora que se trata de sacarnos de un apuro, se hace la complicada, esta mocosa...! Por otra parte, creo que el oficial se ha conducido correctamente. Tal vez está privado desde hace mucho tiempo; y sin duda hubiera preferido a cualquiera de nosotras tres. Pero no, se contenta con la de todo el mundo. Respeto a las mujeres casadas. En última instancia, él es el amo. No tendría más que decir: «Quiero», y podría aprovecharse de nosotras por la fuerza, con los soldados.

Las otras dos mujeres experimentaron un ligero estremeci-



miento. Los ojos de la hermosa señora Carré-Lamadon brillaban en medio de la palidez del rostro como si se sintiera ya tomada a la fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían aparte, se pusieron de acuerdo. Loiseau, furibundo, quería entregar a «esa miserable», atada de pies y manos, al enemigo. Pero el conde, descendiente de tres generaciones de embajadores y dotado de características de diplomático, era partidario de la habilidad:

—Habrá que convencerla — dijo.

Por lo tanto, empezaron a conspirar.

Las mujeres se unieron, bajó el tono de voz y la discusión se volvió general, ya que cada uno exponía su opinión. Se trataba de algo muy conveniente. Sobre todo, las damas se distinguían en encontrar giros delicados, encantadoras sutilezas de expresión, para decir lo más escabroso. Las precauciones de lenguaje eran tantas, que un extraño a la situación no habría comprendido nada. Pero la tenue capa de pudor con que está envuelta toda mujer de mundo, al cubrir nada más que la superficie, les permitía regocijarse con esta aventura desvergonzada, divertirse locamente en el fondo, sintiéndose en su elemento, manoseando al amor con la sensualidad de un cocinero glotón que prepara la comida de otro.

La alegría se originaba en la historia misma, que, finalmente, les resultaba cómica. El conde recurrió a chistes un poco atrevidos, pero tan bien dichos, que hacían sonreír. Por su parte, Loiseau soltó algunos atrevimientos más abruptos, ante los que nadie llegó a molestarse; y el pensamiento brutalmente expresado por su mujer dominaba todos los ánimos: «Dado que es el oficio de esta muchacha,





me parece que no tiene ningún derecho a rechazar a uno más que a otro.» La simpática señora Carré-Lamadon parecía incluso pensar que, si se encontrase en su lugar, ella rechazaría a éste mucho menos que a cualquier otro.

Se preparó largamente el bloqueo, como para el ataque a una fortaleza. Cada uno determinó el papel que asumiría, los argumentos a los que iría a recurrir, las maniobras que debería ejecutar. Se estableció el plan de ataque, las astucias a emplear y las sorpresas del asalto, para forzar a esa ciudadela viviente a que recibiera al enemigo en su propio terreno.

52

Mientras tanto, Cornudet permanecía de lado, completamente ajeno al asunto.

La preocupación general era tan intensa, que no oyeron entrar a Bola de Sebo. Pero el conde produjo un « ¡chisst! » que hizo levantar todas las miradas. Ante su presencia, se hizo un silencio brusco y cierta turbación general impidió dirigirle la palabra. La condesa, más habituada que las otras a las artimañas de salón, finalmente la interrogó:

— ¿fue divertido ese bautismo?

La gruesa muchacha, todavía emocionada, se refirió a cada cosa: a los rostros» a las actitudes y al aspecto mismo de la iglesia. Agregó:

—Es muy bueno rezar algunas veces.

Sin embargo, hasta la hora del almuerzo, las damas se limitaron a mostrarse amables con ella para aumentar su confianza y su docilidad frente a los futuros consejos.

En cuanto se sentaron a la mesa, empezó el ataque. Pri-

mero fue una conversación vaga acerca del sacrificio. Se citaron antiguos ejemplos: Judit y Holofernes; después, sin razón alguna, Lucrecia y Sextus, y Cleopatra admitiendo en su habitación a todos los generales enemigos y reduciéndolos a la servidumbre de esclavos. Entonces se desarrolló una historia fantástica, nacida de la imaginación de esos millonarios ignorantes, en la que las ciudadanas de Roma iban a Capua a adormecer a Aníbal entre sus brazos, junto con sus lugartenientes y las falanges de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que detuvieron a los conquistadores, haciendo de sus cuerpos un campo de batalla, una manera de dominar, un arma, que vencieron por medio de sus caricias heroicas a seres horribles o detestados, sacrificando incluso su castidad a la venganza y la abnegación.

También se hizo referencia a esa inglesa de familia noble que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitírsela a Bonaparte, salvado milagrosamente por una debilidad repentina a la hora de la cita fatal.

Y todo era contado de una forma conveniente y moderada, haciendo estallar a veces una expresión de entusiasmo deliberado con el propósito de estimular el deseo de emulación.

En resumidas cuentas, habría podido creerse que el único papel de la mujer en la tierra consistía en un sacrificio permanente de su persona, en un abandono continuo a los caprichos de la soldadesca.

Las dos monjas daban la impresión de no escucharlos, perdidas en pensamientos profundos. Bola de Sebo no decía nada.

Durante toda la tarde, la dejaron reflexionar. Pero, en vez de llamarla «señora», como se había hecho hasta el momento, se le





decía simplemente «señorita», sin que nadie supiese bien por qué, como si se deseara descenderla de nivel en la estima que por sí misma había escalado, hacerle sentir su situación vergonzosa.

En el momento en que se le servía la sopa, el señor Follenvie reapareció repitiendo su frase de la víspera:

—El oficial prusiano pregunta a la señorita Elisabeth Rousset si no ha cambiado todavía de opinión.

Bola de Sebo respondió secamente:

—No, señor.

Pero durante la cena la coalición se debilitó. Loiseau dijo tres frases inoportunas. Cada uno desesperaba por descubrir nuevos ejemplos, sin encontrar nada, hasta que la condesa, acaso sin haberlo premeditado, experimentando una vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, interrogó a la más vieja de las monjas acerca de las grandes acciones en la vida de los santos. Sin duda, muchos habían cometido actos que aparecerían como crímenes ante nuestros ojos, pero la Iglesia absolvió siempre esas faltas cuando fueron cumplidas para la gloria de Dios o para el bien del prójimo. Era un argumento poderoso, y la condesa se aprovechó de él. Entonces, ya sea por una especie de entendimiento tácito, de un acuerdo velado en que sobresale cualquiera que lleve un hábito eclesiástico, ya sea simplemente por el efecto de una coincidencia afortunada, de una compasiva torpeza, la vieja religiosa aportó un formidable apoyo a la conspiración. Se la creía tímida, y se mostró arriesgada, elocuente, violenta. No estaba confundida por los titubeos de la casuística; su doctrina parecía tener la consistencia de una barra de hierro; su fe no se debilitaba nunca; su



conciencia carecía de escrúpulos. Le parecía completamente simple el sacrificio de Abraham, porque también ella habría matado a su padre y a su madre para obedecer una orden venida desde lo alto; y en su opinión nada podía desagradar al Señor cuando la intención era laudable. La condesa, aprovechando la autoridad sagrada de su cómplice fortuita, la llevó a realizar una paráfrasis edificante de este axioma moral: «El fin justifica los medios.» La interrogó:

—Entonces, querida hermana, ¿piensa usted que Dios acepta todos los caminos y perdona lo cometido cuando el motivo es puro?

— ¿Quién podría dudarlo, señora? Un acto punible en sí, a menudo se vuelve meritorio gracias al pensamiento que lo inspira.

Y continuaron de esta forma, discerniendo las voluntades de Dios, previendo sus decisiones, haciéndolo interesarse por cosas que en realidad, no le concernían demasiado.

Pero el desarrollo general era hábil, discreto. Y cada palabra de la monja abría una brecha en la resistencia indignada de la muchacha.

Poco más tarde, la conversación se desvió un poco: la monja hizo mención de varias fundaciones de su orden, de su superiora, de ella misma y de su buena compañera, la querida hermana San-Nicéforo. Habían sido llamadas a El Havre para ayudar en el hospital a centenares de soldados atacados por la viruela. Describió a esos pobres miserables y detalló la enfermedad que los postraba. Y, mientras ellas seguían retenidas por los caprichos de ese prusiano, ¡un gran número de franceses, que habrían podido salvarse con sus auxilios, estaban muriendo! Su especialidad era atender a los





militares; había estado en Crimea, en Italia, en Austria. Al contar su participación en tantos frentes, de pronto se reveló como una de esas religiosas activísimas que parecen hechas para recorrer los campos de batalla, recoger a los heridos entre el estrépito y, con mayor eficacia que un jefe, dominar con una palabra a los soldados indisciplinados; una especie de sor «Rata-plan», cuyo rostro descarnado, marcado por innumerables huecos, parecía una imagen de las devastaciones de la guerra.

Nadie dijo nada cuando dejó de hablar; el efecto había sido, sin duda, excelente.

56 

Una vez terminada la cena, cada uno se retiró a su habitación para sólo reaparecer al día siguiente, a una hora avanzada de la mañana.

El almuerzo transcurrió con tranquilidad. Ofrecían, al grano sembrado en la víspera, el tiempo necesario para germinar y ofrecer sus frutos.

La condesa propuso dar un paseo durante la tarde; y por su parte el conde, como se había convenido, tomó del brazo a Bola de Sebo, retrasándose con ella.

Le habló en ese tono familiar, paternal, algo desdeñoso, que los hombres sosegados emplean con las muchachas, llamándolas: «mi querida niña», tratándolas desde lo alto de su posición social; de su honorabilidad indiscutida. Atacó casi de inmediato el punto central de la cuestión:

— ¿O sea que prefiere dejarnos aquí, expuestos como usted misma a todas las violencias que seguirían al fracaso de las tropas prusianas, en vez de consentir en una de las amabilidades que ha

ofrecido con tanta frecuencia en su vida?

Bola de Sebo se limitó a guardar silencio.

La encaró por el lado de la dulzura, de la razón, de los sentimientos. Supo mantenerse como «el señor conde», mostrándose galante cada vez que hacía falta, cumplido, amable. Exaltó el favor que ella les haría, habló de su reconocimiento; y, en forma repentina, se puso a tutearla alegremente:

—Y tú sabes, querida, cómo él podría vanagloriarse de haber gozado de una hermosa muchacha como no puede encontrarla en su propio país.

Bola de Sebo no respondió, adelantándose para reunirse con los otros.

Poco después de haber regresado al hotel, subió a su cuarto y ya no volvió a aparecer. La inquietud era extrema. ¿Qué haría? ¡Qué problema, si decidía resistirse!

A la hora de la cena, se la esperó inútilmente. El señor Follenvie, al entrar, anunció que la señorita Rousset se sentía indispuesta y no bajaría a cenar. Todo el mundo paró la oreja. El conde se aproximó al hotelero y, por lo bajo, le dijo:

— ¿Ya está?

—Sí.

Por considerarlo conveniente, no dijo nada a sus compañeros; se limitó a hacerles una leve señal con la cabeza. De inmediato, un gran suspiro de alivio brotó de todos los pechos, cierta alegría apareció en los rostros. Loiseau gritó:

— ¡Bendita sea! Pago champaña, si es que lo tienen en el establecimiento.





Y la señora Loiseau no pudo reprimir su angustia cuando el dueño volvió con cuatro botellas. Improvisablemente, cada uno se había vuelto comunicativo y bullicioso; un sentimiento festivo se apoderaba de los corazones. El conde pareció advertir que la señora Carré-Lamadon era encantadora y el industrial hizo cumplidos a la condesa. La conversación se volvió viva, alegre, atravesada de dardos.

De pronto Loiseau, con la cara ansiosa y levantando los brazos, gritó:

— ¡Silencio!



58

Todo el mundo enmudeció, sorprendido, hasta con algo de susto. Entonces prestó atención, pidió de nuevo silencio con ambas manos, levantó la mirada hacia el techo a fin de escuchar una vez más y dijo con su voz natural:

—Cálmense, todo anda bien.

No lograban comprender, pero todos empezaron en seguida a sonreír.

Al cabo de un cuarto de hora reanudó la broma, para insistir muchas veces durante la noche; daba la impresión de preguntar algo a alguien ubicado en el piso de arriba, ofreciéndole consejos en doble sentido, brotados de su espíritu de comisionista viajante. En ciertos momentos adquiría un aspecto triste, suspirando: « ¡Pobre muchacha! », o bien murmuraba entre dientes, como enfurecido: « ¡Prusiano asqueroso! » A veces, justo en el momento en que nadie podía imaginárselo, repetía, con una voz vibrante, muchos: « ¡Demasiado! ¡demasiado! », y agregaba, como si se hablara a sí mismo: « ¡Con tal que volvamos a verla, que ese miserable no la mate! »

A pesar del gusto deplorable de esas bromas, divertía sin herir a nadie, porque la indignación depende del medio, y la atmósfera que se había creado poco a poco entre ellos estaba cargada de pensamientos libertinos.

A los postres, las mismas mujeres hicieron alusiones ingeniosas y discretas. Las miradas brillaban; se había bebido mucho. El conde, que a pesar de sus expansiones conservaba su gran apariencia de gravedad, encontró una comparación muy festejada con el término de las invernadas polares y la alegría de los náufra-
gos cuando ven abrirse una ruta hacia el sur.

Loiseau, en el colmo de su entusiasmo, se puso de pie con un vaso de champaña en la mano:

— ¡Bebo a la salud de nuestra liberación!

Todos se levantaron y lo aclamaron. Incluso las dos monjas, invitadas por las damas, consintieron en mojar sus labios en ese vino espumoso que nunca habían probado. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero era más fino.

Loiseau resumió la situación:

—Es una lástima no contar con un piano, porque se podría organizar un baile.

Cornudet no había dicho una sola palabra, pero hizo un gesto; parecía sumergido en pensamientos muy graves, y por momentos tiraba, con un gesto furioso, de su enorme barba, que daba la impresión de alargarse más. Finalmente, hacia medianoche, cuando estaban a punto de retirarse, Loiseau, algo titubeante lo golpeó de pronto en el vientre y le dijo tartamudeando;

— ¿Usted no se divierte esta noche, no tiene nada que decir, ciudadano?





Pero Cornudet, levantando con brusquedad la cabeza y dirigiendo a todos una mirada brillante y terrible, exclamó:

— ¡Les digo a todos que acaban de cometer una infamia!

Se levantó y, al llegar a la puerta, repitió todavía:

— ¡Una infamia!

Esta actitud enfrió los ánimos. Loiseau quedó como atontado; pero poco a poco fue recobrando su aplomo, hasta que de improviso se echó a reír, repitiendo:

—Están demasiado verdes, amigos míos, demasiado verdes.

Como nadie lo entendía, contó los «misterios del corredor».

Entonces se produjo un formidable reencuentro de la alegría.

Las damas se divertían como locas. El conde y la señora Carré-Lamadon reían hasta las lágrimas. No podían creerlo.

— ¿Cómo? ¿Está seguro? Él quería...

—Les digo que lo he visto.

—Y ella lo rechazó...

—Porque el prusiano estaba en el cuarto contiguo.

— ¿Es posible? —Se lo juro.

El conde se ahogaba. El industrial se apretaba el vientre con las manos. Loiseau seguía:

—Y, como podrán comprender, esta noche, para él, no es nada graciosa, de ninguna manera.

Y los tres se fueron indispuestos, sofocados, tosiendo.

En el piso superior se separaron. Pero la señora Loiseau, cuya naturaleza era hiriente, señaló a su marido, en el momento en que se acostaban, que «esa arpía» de pequeña Carré-Lamadon se había reído de mala gana durante toda la noche;

—Sabes que las mujeres, cuando tienen predilección por los uniformes, tanto les da que sean franceses como prusianos. ¡Si hasta da compasión, Dios mío!

Y toda la noche, en la oscuridad del corredor, se produjeron deslizamientos, ruidos ligeros, apenas audibles, semejantes a soplos, rozamientos de pies desnudos, crujidos imperceptibles. Y sin duda se durmieron muy tarde, porque hilos de luz siguieron filtrándose durante mucho tiempo bajo las puertas. El champaña produce esos efectos; produce, dicen, un sueño intranquilo.

Al día siguiente, un sol claro de invierno volvía deslumbrante a la nieve. La diligencia, enganchada por fin, esperaba frente a la puerta, mientras que un ejército de palomas blancas se pavoneaba con sus plumas tupidas, los ojos color rosa y un punto negro en medio, paseándose gravemente entre las patas de los seis caballos y procurándose el alimento entre el estiércol humeante que dejaban caer.

El cochero, envuelto en su piel de oveja, fumaba una pipa sobre el asiento, mientras todos los viajeros, radiantes, hacían empaquetar provisiones para el resto del viaje.

Sólo se esperaba a Bola de Sebo, quien, finalmente, apareció.

Daba la impresión de estar un poco turbada, avergonzada, y avanzó tímidamente hacia sus compañeros, los cuales, en conjunto, con un mismo movimiento, se volvieron como si no la hubiesen visto. El conde tomó con dignidad el brazo de su mujer para apartarla de ese contacto impuro.

La gruesa muchacha se detuvo estupefacta; entonces, recuperando todo su coraje, abordó a la mujer del industrial con un «buenos días, señora», murmurado humildemente. La otra hizo con





la cabeza un saludito impertinente, acompañado por una mirada de virtud ultrajada. Todos parecían ocupados, manteniéndose a distancia de ella como si hubiese traído una enfermedad infecciosa entre sus polleras. Después se precipitaron hacia el coche y volvieron a ocupar en silencio el mismo lugar de antes.

Era como si no la vieran, como si no la conociesen; incluso la señora Loiseau, mirándola como desde muy lejos, con indignación, dijo a media voz a su marido:

—Afortunadamente, yo no voy a su lado.

El pesado coche se puso en movimiento, reanudándose finalmente el viaje.

62 

Al principio, nadie habló. Bola de Sebo ni siquiera se atrevió a levantar la mirada. Se sentía indignada contra todos sus compañeros y al mismo tiempo humillada por haber cedido, manchada por los besos de ese prusiano entre cuyos brazos se la había hipócritamente arrojado.

Por su parte, la condesa, volviéndose hacia la señora Carré-Lamadon, rompió muy pronto ese penoso silencio.

—Creo que usted conoce a la señora de Etreilles.

—Sí, es una de mis amigas.

— ¡Qué mujer tan encantadora!

— ¡Adorable! Una auténtica naturaleza selecta; muy instruida, y artista hasta la punta de los dedos: canta a las mil maravillas y dibuja a la perfección.

El industrial hablaba con el conde y, en medio del estruendo de los vidrios, de vez en cuando podían escucharse palabras como «cupón, vencimiento, prima, plazo...»

Loiseau, que había robado el viejo juego de cartas del hotel (cartas engrasadas por cinco años de frotamientos contra las sucias mesas), empezó a jugar a la béciga con su esposa.

Las monjas tomaron de sus cinturas los largos rosarios que colgaban, hicieron al mismo tiempo la señal de la cruz y de pronto sus labios empezaron a moverse vivamente, apresurándose más y más, precipitando su vago murmullo como para una carrera de *oremus*; y cada vez que besaban una medalla volvían a perseguirse, para en seguida reiniciar ese murmullo rápido y continuo. Cornudet, inmóvil, pensaba.

Al cabo de tres horas de trayecto, Loiseau recogió sus cartas.

—Tengo hambre — dijo.

Entonces su mujer tomó un paquete del que extrajo un pedazo de carne fría. La cortó en lonjas delgadas y firmes, y ambos se pusieron a comer.

—Podríamos hacer lo mismo — dijo la condesa.

Todos estuvieron de acuerdo y ella desarrolló las provisiones preparadas para los dos matrimonios. En uno de esos vasos alargados cuya tapa lleva una liebre de loza para indicar que debajo hay un pastel de liebre, había unos embutidos succulentos, en los que blancas tiras de tocino atravesaban la carne marrón, mezclada con diferentes tipos de carne picada. Un gran pedazo de *gruyère*, envuelto en papel de diario, conservaba impresas las palabras «Sucesos diversos» sobre su textura untuosa.

Las dos monjas desarrollaron un pedazo de salchichón que olía a ajo; y Cornudet, metiendo las manos en los amplios bolsillos de su saco, extrajo cuatro huevos duros y un pedazo de





pan. Rompió las cáscaras, las arrojó sobre la paja, bajo sus pies, y se dedicó a comerlos, dejando caer sobre su barba pedacitos de yema que, allí dentro del pelo, parecían estrellas.

Bola de Sebo, en el apuro y la turbación experimentada al levantarse, no había pensado en nada; y miraba, exasperada sofo-cándose de rabia, a toda esa gente que comía con placidez. Al principio la crispó una cólera tumultuosa y abrió la boca para gritarles su conducta con una oleada de injurias que le subían a la boca, pero no podía hablar a causa del enorme enojo que la ahogaba.

Nadie le dirigía la mirada, ni tampoco se acordaba de ella. Se sentía inundada por los desprecios de esos canallas honestos que primero la habían sacrificado para rechazarla de inmediato como si se tratara de algo sucio e inútil. Y pensó en su gran canasta repleta de cosas buenas que ellos habían devorado golosamente, en sus dos pollos bañados en gelatina, en sus pasteles, en sus peras, en sus cuatro botellas de burdeos; y al decaer de repente su furor, como si fuera una cuerda demasiado estirada que se rompe, se sintió al borde de las lágrimas. Realizó esfuerzos terribles, se puso rígida, se tragó sus sollozos a la manera de los niños; pero las lágrimas trepaban a sus ojos, empezaban a brillar al borde de sus párpados, y poco después cayeron dos, rodando lentamente sobre sus mejillas. Siguieron otras más rápidas, como las gotas de agua que se filtran a través de una roca, para caer en la curva abultada de su pecho. Permanecía rígida, con la mirada fija, el rostro tenso y pálido, confiando en que no se diesen cuenta,

Pero la condesa, al verlo, lo hizo notar a su marido con un gesto. El alzó los hombros como para decir: « ¿Qué quieres? No es

culpa mía.» La señora Loiseau esbozó una sonrisa muda de triunfo y murmuró:

—Llora su vergüenza.

Las dos monjas rezaban otra vez, después de haber envuelto en un papel el resto del salchichón.

Entonces Cordunet, que ya había terminado con sus huevos, estiró sus largas piernas bajo la banqueta de enfrente, se extendió, cruzó los brazos, sonrió como un hombre que acaba de tener una ocurrencia y se puso a silbar *La marselesa*.

Todos los rostros se ensombrecieron. La canción popular, evidentemente, no gustaba a ninguno de sus vecinos. Se pusieron nerviosos, irritados, hasta el extremo de parecer a punto de aullar como perros que escuchan un organillo.

A pesar de notarlo, no se detuvo. A veces, incluso tarareaba la letra:

*Amor sagrado de la patria,
conduce, sostén nuestros brazos vengadores.*

*Libertad, libertad querida,
¡combate con tus defensores!*

Avanzaban con más rapidez, pues la nieve se había endurecido; y hasta llegar a Dieppe, durante las eternas horas del viaje, a través de los obstáculos del camino, primero durante la caída de la tarde, después en la oscuridad profunda del coche, continuó con una obstinación feroz su silbido vengativo y monótono, obligando a los ánimos, cansados y exasperados, a seguir la canción del principio hasta el fin, a relacionar cada palabra con cada uno de los compases.



Bola de Sebo seguía llorando; a veces un sollozo, imposible de ser retenido, se mezclaba con las estrofas, entre las sombras.



FIN

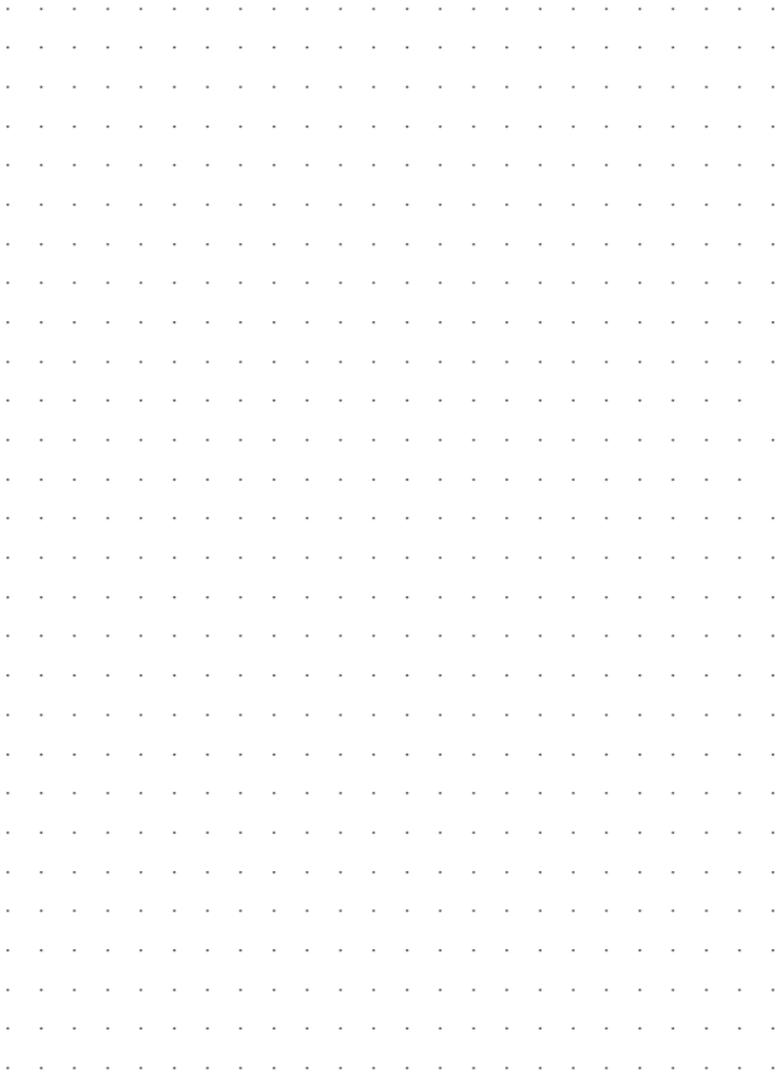




NOTAS

A large grid of small dots for writing notes, consisting of 20 columns and 25 rows.





notas

A grid of small dots for writing notes, consisting of 20 columns and 25 rows.

notas

A grid of small dots for writing notes, consisting of 20 columns and 25 rows.

NOTAS

A grid of 20 columns and 25 rows of small dots for taking notes.



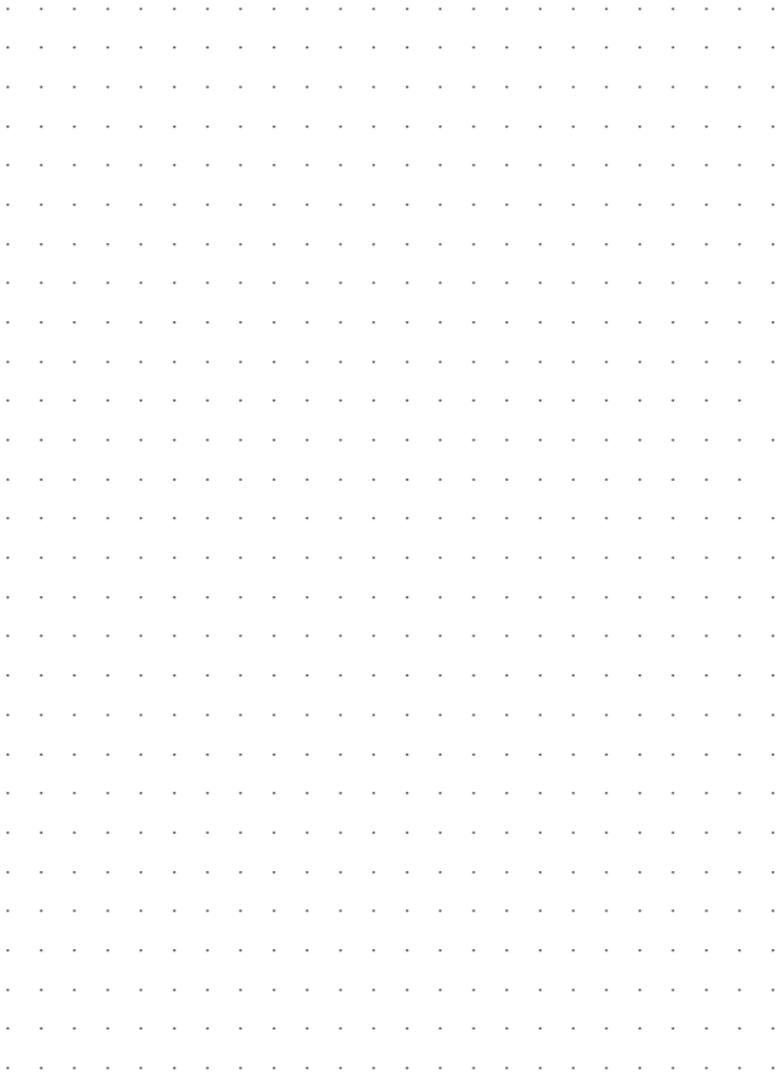
NOTAS

A large grid of small dots for writing notes, consisting of 20 columns and 25 rows.



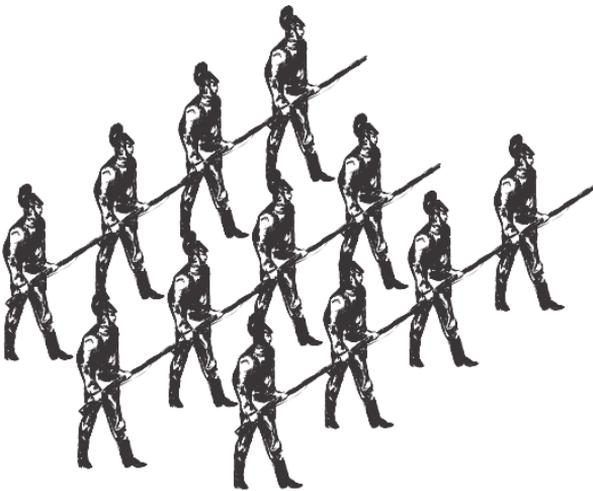
notas

A grid of 20 columns and 25 rows of small dots for taking notes.



notas

A grid of small dots for writing notes, consisting of 20 columns and 25 rows.



**SI TE GUSTÓ ESTE
LIBRO TE PODRÍA GUSTAR:**

Mademoiselle Fifi

Guy de Maupassant

Sin novedad en el frente

Erick María Remarque

La muchacha de los ojos de oro

Honoré Balzac

El capote

Nikolai Gógol

Y PUEDES VER:

Barry Lyndon

Del director Stanley Kubrick

Match point

Del director Woody Allen

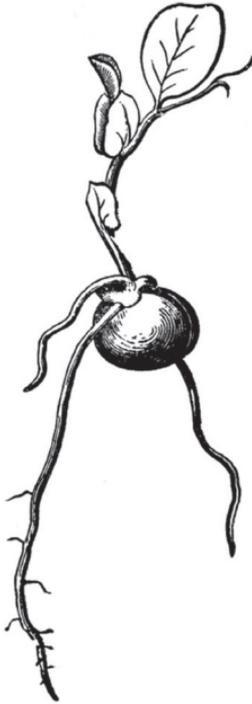
Elles

Del director Małgorzata Szumowska.

Sophie Scholl - Los últimos días

(título original en alemán Sophie Scholl - Die letzten Tage)

Del director Marc Rothermund



Esta historia germinó en el siglo XIX y volvió a germinar
en el mes de julio de 2014 en la ciudad de Cartagena.
En la composición se usó la fuente Rotis Normal.

BOLA DE SEBO

Bola de sebo muestra los excesos de crueldad e injusticia a los que puede llegar un grupo de personas “respetables” presionado por la necesidad. También es un ejemplo supremo de heroísmo e integridad moral de quien aparentemente ya lo ha perdido todo, incluso su dignidad. Este relato ágil e intenso desnuda lo mejor y lo peor de los seres humanos. Cualquier lector podrá adentrarse fácilmente en este cuento de **Guy de Maupassant**, uno de los maestros del género de todos los tiempos.



¿Cómo crear una comunidad de lectores?
¿Qué tal leer todos un mismo libro cada semestre y hacer que esa lectura se convierta en un pretexto para conocernos y acercarnos más unos a otros? Ese es el espíritu de la **Colección Semilla**, que pretende ser origen de muchas cosas: del hábito de leer por gusto; de una biblioteca personal de libros fascinantes; de apasionadas conversaciones sobre las ideas, los autores y las épocas de los relatos; de una relación amorosa con los libros y los lectores.